



Estamos en el peor y el mejor de los momentos

Roberto Rubio Fabián
Director Ejecutivo de Funde

"Fue la mejor y la peor de las épocas, el siglo de la locura y la razón, de la fe y la incredulidad; fue un periodo de luz y de tinieblas, de esperanza y desesperación, en el cual se percibía el horizonte más espléndido y la noche más oscura." Así se expresaba Charles Dickens en su novela *Historia de dos ciudades* (1859). Novela que analiza y compara el momento histórico que vivían las dos grandes ciudades europeas en la época de la Revolución francesa: la aparentemente tranquila y pacífica Londres y la convulsionada y caótica París. Momento del mundo occidental en el que las coordenadas de la historia no eran ni simétricas ni absolutas, sino contradictorias y relativas.

Tal referencia histórica, guardando por supuesto las enormes distancias de tiempo y espacio, nos servirá para analizar el momento histórico que vive nuestro país desde el punto de vista económico y político.

Estamos, a nivel económico, en uno de nuestros peores momentos. En primer lugar, por el carácter dual de la crisis externa. Por un lado, una recesión económica en los Estados Unidos donde, según informaciones periódicas, los últimos datos arrojan la mayor tasa de desempleo desde hace 33 años (LPG, 6/08).

No cabe duda de que dicha recesión nos pegará fuerte. Es cierto que nuestras exportaciones están creciendo, pero también es cierto que la reducción de la demanda en el Norte tenderá a debilitarlas. Es cierto que todavía las restricciones

crediticias en el mercado internacional no llegan del todo a nuestro país, pero también es cierto que ya empezamos a ver los primeros síntomas de freno al "crédito alegre". Es cierto que las remesas siguen creciendo, pero también es cierto que lo hacen a una tasa menor y con riesgo de llegar a su reducción absoluta.

Por otro lado, vivimos malos momentos por otra crisis paralela: la del alza mundial de precios de las materias primas. Los precios del petróleo se han quintuplicado del 2002 al 2008, y el de los principales alimentos en un 100% de 2005

al 2008. Esto viene incrementando el valor de nuestras importaciones, elevando los costos de producción de nuestras empresas, y comienza a afectar el principal motor de nuestra economía como es el consumo, así como los ya bajos niveles de ahorro; y por ende no tardará en afectar los niveles de inversión y crecimiento económico. Esta problemática de alza generalizada de materias primas, combinada con la recesión de la economía norteamericana, es lo que da pie al temido carácter dual de la crisis: estancamiento con inflación. Fenómeno de estanflación que amenaza instalarse también en nuestra economía.

En segundo lugar, estamos en uno de nuestros peores momentos porque la crisis externa nos sorprende con importantes vulnerabilidades internas que amplifican los efectos de dicha crisis. Es cierto que enfrentamos, tal como se ha dicho, una "tormenta fuerte y perfecta". Pero el problema es también que esta tormenta nos encuentra con un "barco frágil e imperfecto". Ciertamente, la crisis externa nos golpeará más porque somos un país más importador que exportador, con mercados poco controlados y concentrados que distorsionan más los precios, con un Estado débil con

poca capacidad de supervisión, con un fisco "en tablas" en dificultades para estimular la inversión o paliar los efectos sobre el consumo, con enclenque capacidad productiva en alimentos y energía.

En tercer lugar, la situación fiscal, financiera y social no pinta nada bien. Por un lado, a pesar de las mejoras tributarias, los ingresos del Estado son precarios y el gasto público se ha disparado, sobre todo por los subsidios que no dejan de crecer (ya son más que toda la inversión pública programada para el 2008). Por otro lado, la situación holgada de liquidez que venía gozando el país, podría empezar a revertirse a causa de la previsible menor entrada de dólares (por remesas, exportaciones y créditos). Esta restricción financiera afectará la inversión y el crecimiento, mientras que la previsible contención de inversiones o la corrida de capitales en el período electoral, podría contribuir aún más a ello. Finalmente, la incontenible alza de precios, en un marco de poca inversión y empleo y bajos salarios, avizoran una importante conflictividad social. No cabe duda de que, fiscal, financiera y socialmente hablando, le esperan los peores momentos al próximo gobierno.





Pero por paradójico que sea, en medio de estos críticos momentos y de la “noche más oscura”, se nos presentan mejores y luminosos momentos.

Sostuvimos que el país se encontraba, desde el punto de vista económico, en uno de sus peores momentos. Primero, por un entorno externo desfavorable que nos marca doblemente: por el lado del incremento de precios de materias primas y alimentos que importamos, y por el lado del estado recesivo de la economía de los Estados Unidos; estamos frente al temido fenómeno de la estanflación. Segundo, porque la “tormenta perfecta” nos encuentra con un “barco vulnerable e imperfecto”: economía más importadora que exportadora, mercados poco controlados y concentrados, Estado administrativa y fiscalmente débil; estructura productiva en alimentos y energía fracturada, etc. En tercer lugar, si no se toman las medidas adecuadas, el panorama fiscal, financiero y social no pintará nada bien.

Pero como decía Dickens, en la obra que citamos anteriormente: era “un período (...) en el cual se percibía el horizonte más espléndido y la noche más oscura”. Ciertamente, estamos en uno de los peores momentos de nuestra economía, pero por paradójico que parezca, también estamos en uno de los mejores momentos en cuanto a nuestras oportunidades.

Como en casi todo momento de crisis, es buen momento para la reflexión y el cambio. Estamos en buen momento para cambiar conceptos y enfoques que han hecho mucho

daño. Al fin comenzamos a comprender que no basta tener un entorno macroeconómico estable, y que es preciso actuar sobre las estructuras reales de la economía. Por fin han dejado de ser tabú la intervención estatal y las políticas sectoriales, y hoy es buen momento de apostarle a fondo al abandonado agro y la seguridad alimentaria, así como buen momento para hacer una apuesta estratégica por las miles de iniciativas productivas locales diseminadas por todo el territorio nacional. De la misma forma, estamos en buen momento para reevaluar nuestra política comercial, excesivamente inclinada a las importaciones y el consumismo; como en buen momento estamos para reconocer e incidir en esta última distorsión de nuestra economía y entrarle sin temores a una política dirigida de ahorro.

Es cierto que la crítica situación de la economía norteamericana dentro de poco podrá tocar con fuerza a sus consumidores, y afectar así sus importaciones. Sin embargo, también es cierto que nuestras exportaciones hacia dicha economía han venido creciendo y podrían hacerlo más, no sólo por la mejora de sus precios, sino también porque los nichos de mercado que representa la población centroamericana podrían desplazarse hacia nuestros más baratos productos de exportación, en especial de alimentos.

Las crisis también representan oportunidades. Las circunstancias críticas que viven los mercados internacionales no sólo representan buen momento para valorizar nuestras exportaciones, sino también para capturar importantes flujos de inversión externa. Por un lado, como sucedió en la crisis mundial de 1973/74, el *boom* de los precios del petróleo y de los alimentos ha puesto a circular un formidable flujo de excedentes (“petrodólares” entre otros), buena parte de los cuales buscan invertirse en los países del Sur que ofrecen buenas condiciones. Panamá es un ejemplo de cómo un país puede crecer y aprovecharse de la crisis en términos de captura de flujos de inversión.

Por otro lado, el incremento de los costos de transporte, y otros factores como la revaluación del yuan, están lle-

vando a algunos inversionistas a reevaluar sus inversiones en China destinadas al mercado norteamericano. De ahí la valorización que hacen estos de la conveniencia de destinar o trasladar inversiones a países más cercanos y sin riesgo cambiario. Nuestra cercanía a Estados Unidos, el CAFTA y la inexistencia de riesgo cambiario, en estos momentos, representa un importante atractivo para dichas inversiones.

Adicionalmente tenemos, en potencia, otros factores de atracción: el futuro puerto de La Unión, el desarrollo de una zona de servicios diversos en la franja costera de Comalapa; el potencial que representa el desarrollo de la zona Norte con los fondos del milenio, etc. Es un momento con muchas oportunidades y potenciales. ¿Podremos aprovecharlas? Ese es otro problema. La inseguridad ciudadana y jurídica, la inestabilidad política, los relativamente altos costos de servicios, la fragilidad de nuestro fisco, la falta de recurso humano calificado, la ausencia de ordenamiento territorial, etc., son variables que juegan en contra de ello. Ponerlas positivamente en juego no sólo requerirá de esfuerzos en la esfera económica, sino también en la política. Por ello será importante analizar los momentos políticos que vivimos.

No sólo en el ámbito económico enfrentamos malos y buenos momentos, como lo analizamos antes, sino también en el político. En primer lugar, los malos momentos se presentan en términos de la contienda electoral y sus resultados. Por un lado, en las próximas elecciones se juega casi todo el aparato del Estado: Poder Ejecutivo, Asamblea Legislativa y alcaldías. Esto por sí sólo tensiona la contienda electoral, y genera mayores angustias y ansiedades, especialmente las partidarias.

La alta probabilidad de la alternancia exacerba estas aún más, especialmente entre los que han venido gobernando el país. La falta de administración de las angustias y ansiedades subidas de tono parecen estar actuando en contra de una campaña política de altura. La miseria y podredumbre men-



tal que circula en correos electrónicos y blogs, con autoría o no de los aparatos comunicacionales de los principales partidos en contienda, es una muestra de ello.

Por otro lado, a pesar de los esfuerzos hechos en los últimos meses, nos encontramos con un sistema electoral con poca credibilidad. Esto tiene su base, entre otros factores, en el carácter exclusivamente partidario del TSE, a cambios inadecuados hechos en algunas reglas del juego electoral (toma de decisiones dentro del TSE sólo entre tres y no cuatro magistrados, relajamiento en las exigencias de validez de las actas de resultados electorales), o a otras dificultades como la relación entre el padrón electoral y el Censo de Población 2007.

En ese contexto de baja credibilidad del sistema electoral, el reconocimiento de la derrota será muy difícil de aceptar por el perdedor, sobre todo si el margen de votos de la derrota no es muy amplio. Peor aún si la polarización política se acentúa, y se enfrentan solamente los dos grandes que se consideran más enemigos que adversarios, y sin presencia de otras fuerzas que actúen de amortiguación. Y como nos comentaba un amigo, la credibilidad del resultado electoral no lo da el ganador, sino el perdedor. Por tanto, de no reforzarse la credibilidad del sistema electoral, el escenario postelectoral se avizora muy conflictivo y amenazante para nuestro todavía incipiente proceso democrático.

En segundo lugar, los malos momentos hacen también referencia a los escenarios de gobernabilidad para el próximo

gobierno. Por un lado, a este le esperará una situación sumamente difícil y complicada: recién recibiendo los efectos tardíos de la etapa recesiva de la economía norteamericana; previsible problemas de liquidez, fragilidades en el sistema financiero, mayores probabilidades de perder grado de inversión y de obtener menor calificación de riesgo; dificultades políticas para acceder a crédito fresco o para enfrentar los picos de la deuda; cuentas fiscales muy deterioradas y política fiscal con muy estrechos márgenes de maniobra; un gobierno con pocos recursos para realizar las inversiones públicas que tanto se necesitan para cubrir nuestros enormes déficits sociales; demanda social creciente y sectores sociales pujando por más subsidios... demanda social que se puede ver mucho más incrementada en caso de ganar la oposición, depositaria de fuertes expectativas; permanente estado de confrontación e inestabilidad social y política en caso de no establecerse las alianzas y entendimientos necesarios.

Por tanto, el difícil escenario socioeconómico que nos espera requerirá no sólo de un gobierno capaz y abierto, dirigido por un presidente inteligente y tolerante, con elevada madurez política y emocional, sino también de un partido político renovado, ajustado a las circunstancias y con talante concertador. Lo que preocupa es que los dos principales partidos en contienda, en el supuesto que la renovación que pregonan sea de fondo y verdadera, apenas han comenzado el cambio dentro de sus filas y pensamientos. Si no aceleran y profundizan estos, poco responderán al momento de los grandes desafíos.

Por otro lado, ante los crecientes niveles de polarización, en aquel marco de ansiedades, importantes actores sociales pueden perder su independencia y espíritu crítico frente a los partidos y/o el nuevo gobierno. Hoy más que nunca se corre el riesgo que grupos, instituciones, ONG, intelectuales, empresarios, medios, etc., se plieguen a uno u otro partido, unos en nombre de lo establecido y otros en nombre del cambio. La gobernabilidad requiere de segmentos de la sociedad con criterio propio y distancia crítica de sus dirigentes y gobiernos, y la actual dinámica política tiende a diezmarlos.

Pero así como en los peores momentos de nuestra economía se presentan mejores momentos, así también ocurre en lo político.

Analizamos los malos momentos políticos que confronta el país: baja credibilidad del sistema electoral, y ante ello, riesgo de fracturas al proceso democrático, sobre todo de cara a resultados electorales reñidos; factores que alimentan la confrontación política polarizante; ansiedades y angustias electorales subidas de tono; un previsible escenario socioeconómico y político difícil de manejar para el próximo gobierno, etc.

Pero como dijimos al principio, al lado de la locura está la razón; al lado de las tinieblas, la luz; al lado de la desesperación, la esperanza; al lado de la noche más oscura, el horizonte más espléndido. Al lado de nuestros malos momentos políticos se encuentran los buenos momentos.

Estamos en buen momento político, pues los principales partidos, Arena y FMLN, criados en la guerra, se están viendo socialmente empujados hacia dinámicas de consolidación de paz y democracia. La sociedad salvadoreña o, más precisamente, su electoralmente decisivo segmento no militante, se ha movido políticamente hacia adelante y ha obligado a los principales partidos políticos a comenzar a remover sus principales taras históricas e ideológicas. La realidad y sus procesos también se imponen y arrastran a sus actores políticos.

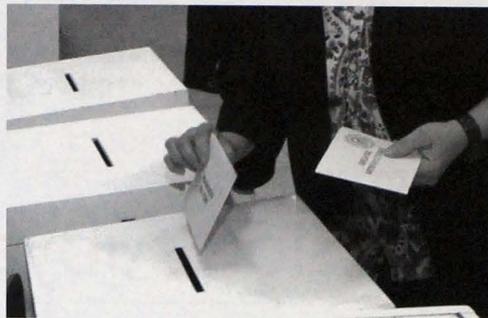


¿Por qué Arena y el FMLN están cambiando sus discursos y comportamientos? Posiblemente no lo hubieran hecho si la sociedad salvadoreña y especialmente su segmento no militante —donde encontramos la mayoría del llamado voto fluctuante— no se hubiera cansado de la polarización, no fuera más exigente en sensatez y moderación, no demandara más realismo y menos catecismo político... y, sobre todo, si no fuera el elector determinante y decisivo de las próximas elecciones.

Gracias a la mayor cultura y madurez política del segmento no militante, a Arena ya no le incomoda hablar de intervención del Estado y de abusos e insuficiencias de mercado, ni comenzar a remover tabús como los subsidios, las políticas sectoriales o las reformas fiscales, ni hacer alianzas con los que no son de derecha. Como tampoco le incomoda hablar al FMLN de promover la gran empresa y las otrora demoníacas transnacionales, el establecer alianzas con sectores de derecha, o el aceptar el TLC y la dolarización; tan así que algunos de los furibundos que antes acusaban a gritos de derechización a los que afirmábamos que el TLC era un hecho consumado y que habría que ver cómo se maximizaban sus oportunidades y minimizaban sus amenazas, o que no sería conveniente revertir la dolarización, ahora lo callan y aplauden con entusiasmo en los mitines partidarios.

Ahora, a nivel de las declaraciones, los partidos tiene más en común en sus discursos; ahora la competencia entre los principales contendientes no es por la radicalidad, sino por la moderación (y esta, como debe ser, empieza a dejar de ser un defecto y es más una virtud); ahora, más que nunca, las propuestas y ofertas electorales se aproximan. En las actuales circunstancias, la efectividad de las propuestas, plataformas o programas no está tanto en los contenidos, sino en la esfera de la confianza.

Muchos se preguntarán, con mucha razón: ¿Son reales los cambios de discurso y comportamiento en aquellos partidos políticos? ¿Son verdaderos sus giros? Independientemente



que tales partidos hayan cambiado discursos y comportamientos por conveniencia o por convicción, el hecho es que lo están haciendo, y el irse ejercitando en ello poco a poco los va comprometiendo; y la palabra en política, aunque generalmente barata, su no cumplimiento sale electoralmente caro... Por supuesto, menos para aquellos que no creen en la democracia.

Nuestra tesis es que, por conveniencia o convicción (o por ambas cosas), los partidos nacidos de la guerra, jalados por la marcha de la realidad, han iniciado, al fin, un proceso de transición hacia su constitución como partidos en período de paz y consolidación democrática. Podrá durar muchos años o no, podrá ser reversible, podrá ser limitada, podrá ser más táctico que estratégico, pero el hecho verificable es que se han involucrado en un nuevo proceso.

Ahora bien, el proceso de transición partidaria apenas anda gateando, lo que explica su fragilidad, falta de credibilidad, las contradicciones internas que genera, las dificultades de digestión en algunos de sus cuadros, las dudas sobre sus verdaderas intenciones, etc. Lo cual no deja de ser un serio problema: partidos en una transición incipiente frente al reto de un proceso electoral crucial y determinante de nuestro proceso democrático. Prueba electoral que, si no se supera adecuadamente, puede llevar a truncar no sólo el posible proceso transitorio partidario, sino también a fracturar todo nuestro proceso democrático. Estamos también en buen momento para evitarlo.